

poesía

Grabados a puta seca

Federico Vite



FLECHA ROJA EDICIONES

Grabados a puta seca

Federico Vite

Fisonomía de la culpa

I

Sed,
vientos de semblantes montañosos,
golpes oceánicos en la memoria,
rocas de amplio frontispicio en espera del impacto,
torrente de ansiedad en ascenso,
recuerdos de violencia desatada:
todo se guarda la piel del marinero.

II

De todos los tipos de tatuajes, prefiero los que ramifican el destino.

Variadas formas de animales adquieren su fisonomía en la selva espesa de la tinta,
son el reflejo del miedo.

Pero elijo las manos oscuras del monje Nagh, su mirada oculta tras líquenes florecidos,
para dar comienzo a la cita con el dolor
de escribir en el cuerpo el nombre de la bestia que seré.

III

El monólogo divino del escriba es coreado por el canto de otros monjes.
En trance, los tatuados reciben al animal impreso en su cuerpo. En éxtasis, cada hombre se transforma.
Más allá de la bestia que llevan inscrita en la piel,
en la fauna de la tinta se regocijan los posesos, los aquí reunidos asisten a la migración del alma
y hunden sus garras, sus colmillos poco usados en el viento,
habitan la naturaleza salvaje del instante.

Nagh observa mis huellas en la sombra,
a su pensamiento espero:

*Alas sin ave rodearán tu pecho
y relámpagos negros atravesarán
el cuerpo de un murciélago,
será de opacos pálpitos el latido de lo nuevo.*

De mares lejanos arribo a Tailandia,
al festejo de los monstruos me uno.

IV

Malgasto tu recuerdo al contarme historias que no prosperarán.
Si la pulsera de tu brazo llevo en la muñeca,
si entre mi ropa tu cuerpo aún se agita,
ya no me miento, Celeste.

Me aconsejo hundir tu nombre sobre las copas de esta noche,
cuando la promesa incumplida de tenerte se agiganta y confirma
la distancia de aquel encuentro.

Los alcoholes en el bar, fondeados por la música de un continente
similar a ti, oscura y delineada forma del amor, saben a derrota,
al preámbulo de una intimidad irrepetible.
Pero la voz, Celeste, usada para merodear mi sexo
en la penumbra motivada por la taberna, la voz de tu mirada
decía nueva vida, silencio a los derroches de la historia.

Me aconsejo borrar tu recuerdo.
Beber con el tatuaje listo, beber hasta dejar tu nombre
y la pulsera en otra mujer que me acompañe a la degradación
efímera de ver sobre mi sexo a otro cuerpo, idéntico a ti,
para mentirme.

V

El monje observa en mis pupilas el hundimiento;
acaricia un capítulo de mi vergüenza con la mirada,
es un túmulo donde se deposita el cadáver de mi anhelo la sonrisa tortuosa del monje;
abre zanjas pantanosas en mi pasado
y anuncia con vocablos antiguos que saldrán las fieras de la vasija de tinta
que yace junto a él, cubierta por su sombra.

Tiemblo sintiéndome Atlántida.
Algo de la ciudad que soy, una torre o un muelle de maderamen blando, era dinamitado por el
inquisitivo monje Nagh.

El vino me dio el coraje,
fue un puente obligado para el certero destino de mi navaja.

Agoté frágiles botellas y salí de la taberna.
El hierro de los celos fue cortando las palabras,
afilé argumentos para decapitar con ofensas la confianza,
lazos del cuerpo que uno amarra a la vida del otro.

Mi apariencia desastrosa, el tufo alcohólico y el demonio anidado en mi deseo hablaron el rugir ázimo
de los gladiadores en el Coliseo.

Probé mi acero en el cuerpo joven del nuevo amante de Celeste.
En aquel muelle, vi caer un desalmado.
Y aquel hombre no defendió sus murallas,
disminuyó la flama de sus faros al verme.
Mis celos empuñados en la diestra petrificaron todo.

A las manos de Nagh vengo,
de mares lejanos arribo a Tailandia,
porque Bang Phra es un templo luminoso
y los hombres son poseídos por las bestias que llevan inscritas en las líneas de sus manos.

VI

Aquí prevalecen alianzas de pieles sobre pieles,
dragones, serpientes, tigres de zarpas vengativas conviven sin sometimiento alguno.

Los monjes elevan sus plegarias al cielo,
son parte del follaje de los árboles,
balidos verdes que azuzan a las bestias encarnadas.

Zoomórfico es el pacto de divinidades terrestres,
alianza entre sueño y canto.
Entre pluma y garra, guardias apasionados sugieren el tatuaje,
la dimensión, el tono del animal destinado para cada visitante.

VII

Bajan los bárbaros de las montañas con ansia de sermón;
los marineros dibujan el mapa de su duelo en papeles corrugados,
sus gestos adustos sugieren desamparo,
orfandad más allá de la muerte.

Boceto la geografía de mi dolor y del asesinato en el barro;
el crujido ascético de las hojas es la sonoridad exacta de la profanación
que he cometido.

VIII

Deposito la navaja junto a los pies del monje Nagh;
mueve la tinta con varas de bambú, ungido con la elocuencia ancestral de sabios que tallaron las estrellas
en las fachadas de Bang Phra.

Las agujas se preparan.
Esa culpa de filos esplendentes sobre mi pecho se cincela.
Abatido por el sufrimiento,
el espíritu de aquel hombre anida en mi cuerpo.

El frío de un amanecer antiguo y reservado
fermenta la sangre tibia cayendo del nuevo tatuaje.

En medio de dos aguas,
a solas,
con la bestia necesaria recibo el alba.

IX

Se agitan las aguas de la bahía.
Escucho al hombre que soy.
Habla con sangre
el animal que me he ganado.

X

Más la tinta que la sangre,
libera las alas del tatuaje,
esa tragedia nacida del acero.

Escucho al asesino que soy;
a las manos del monje Nagh bendigo.

Revocación de la muerte

I

Antes del primer rayo del alba,
uno de mis tatuajes observa el mundo desde la oscuridad funesta de su tinta;
más iracundo que los huracanes,
su ojo sin párpados acecha el óvalo abierto del día
y el mar deposita la rabia sobre la corona del dragón que llevo en el hombro.

De nueva cuenta,
en la hora tensa del ansia,
se apretujan las bestias del cuerpo
y se dilatan los anhelos hasta el límite del pensamiento.

Porque en la vida es horror sentirse vacío,
traigo la cuchillo en la mano
a celebrar la crueldad fascinante del océano antes del alba,
pero el asesino de un mismo se hinca;
los tatuajes se alimentan con el fuego del sol.

Es un anhelo verte caminado en la playa,
vestida de muerte;
un milagro es lo que busco,
sentir esa brisa de luces grisáceas, Vania,
presenciar tu estructura de eternidad evaporada.

II

Aunque mi piel sea un arribo a batallas perdidas,
tatuarse cuenta la historia de ejércitos vencidos en el duelo contra uno mismo.

Recibí un soplo de tinta,
una mancha para recordarte,
opacidad en mi nombre,
y mi amargura toma la fecha exacta de la tristeza que habito en la corona del dragón
que protege mi hombro: 22082006.

Adopté cifras para la noble combustión del alma;
mi piel reúne números, el calendario del adiós anclado en el pecho.

Las grafías en la epidermis refieren seducciones violentas,
esquirlas incrustadas sobre la biografía turbulenta de un estigma
que se desplaza en los paisajes de la memoria.

III

Sólo hay tres palabras que conozco: tuberculosis, tu nombre y tatuaje.
Pequeño alfabeto, aunque suficiente para engendrar ideas que buscan un verbo.
Son tres eslabones,
una señal rota, un duelo y el mapa de quien fui.

Examino los trozos de papel en la mesa, la herrumbre de mis apuntes;
atrofio la corpulencia de lo ido, la serenidad de mi bitácora.

Es necesario levar anclas, mover esta balsa de pensamientos oscurísimos y las oraciones para que la vela sienta la salinidad del discurso.

Tatuaje para este iceberg que soy, para este nombre que ancla los recuerdos
y se inmola en gráficas expansivas de reverberaciones trinitarias: tu nombre, tuberculosis, tu nombre.

IV

La calle huele a eso taciturno de los solos.

Apagados transeúntes ocultan heridas con la historia relatada por el radio de la terminal marítima. En las palmas de sus manos bullen tragedias;
pero al enfudarse los guantes maquillan el pasado.

Los silbatos de los buques,
esa gramática furiosa del mundo,
orquestan el silencio tumultuoso de los abatidos.

Esto es el monólogo del fiasco,

un discursos esmaltado por el taconeo mecánico de los que avanzan
en busca de mujeres frondosas, atornilladas en la barra de la taberna.
Esos pasos son música de tap, bailan los vencidos ritmos monocordes
mientras la noche trama historias de amores licenciosos sobre Boston.

Deduzco biografías tortuosas en esos danzantes del paso a pasito;
hay una gravedad tónica en sus rostros que impide la sonrisa.

La tarde golpea el océano con aliento de carbón;
le confiere un cariz de naturaleza muerta al puerto.

Doblar el cuerpo es necesario en las mesas de cantinas luminosas;
sobre la charla de los ebrios usaré mi tristeza para enfermarlos de cólera,
para bendecirlos con el odio que nunca tendrán.

V

El dragón de mi brazo se une a otros ideogramas en la pocilga,
es una dignidad que brota de lo más hondo de la desolación.
Somos abismales monstruos adheridos a otra piel enorme.

Bebemos.

VI

El cuervo se posa en la cornisa.

Desde la torpeza de mi ebriedad atiendo su graznido repetitivo.

Aletea. Es oscuro su semblante, atuendo idóneo para presenciar la ingestión del ajeno junto al fuego.

Sostengo un temible contacto visual con el ave.

Vuela en la habitación,

deposita su cuerpo junto al retrato de Vania,

ese vestido blanco con tempestad.

Grazna.

Comprendo cada porción eufónica de su lengua.

No hay columnas para que la melancolía yerga su estandarte,

pero inicia el maratón impuesto por el desasosiego.

Mi decadencia es refugio. Bebo. El cuervo atisba mis movimientos.

Cada trago fermenta un verbo nuevo, un sinónimo del silencio.

Mi lengua embrionaria imita graznidos de un ave repetitiva,
agita sus alas. Hacia el cuervo me dirijo, despacio me acerco
al encanto de su mirada. Basta un golpe con el atizador.

Cae. Repta en la alfombra. Tomo una de sus alas. Muerdo.

La densidad de mi sombra se refleja en la pared blanca.

Saboreo el plumaje de la noche.

VII

Otra de las filias es observar mapas donde hombres de mar fueron gestados
a golpes de pecho.

Hay en las cartografías extensas un sinfín de pequeños cementerios;
parelelo al trópico, riscos afilados,
atalayas imperceptibles capaces de bendecir con sus señales
la brisa que los querubines lanzan para motivar la navegación austera y valerosa
de los marinos tatuados.

Las gráficas muestran el declive forajido
que precipitan galeones trágicos rumbo al encuentro de tierras novedosas.

Flechas respunteadas,
curvilínea sintaxis dibujada por la historia, eso encuentro en los mapas,
la vista panorámica de una novela sin conflicto,
versículos de sangre,
bergantines taladrando la ilusión del cielo.

He dicho que comparo a los mapas contigo,
cuadrátula de mares, isla y continente con selva oscura en cada extremo.

No puedo recordar tu volcán,
el sitio donde anclé
cuando mirabas el paisaje reflejado en mis ojos.

Abordo mi barcaza;
el soplar de los querubines aumenta.

La geodesia sirve para buscar lo inexplorado de tu cadera
en otras mujeres.

VIII

Me creí un árbol sin miedo a la muerte,
deshojada, un tronco con dos nombres dibujados en la corteza, donde los reptiles de piel oscura
menguaban su furia recibiendo las palmadas luminosas al mediodía.

Llegamos en otoño a casa;
la duela reconoció nuestros cuerpos,
estallidos de árboles anteriores abovedaron los pasos rumbo a la cama;
había un espejo enorme reflejando la ciudad austera.

El aroma de aquel naranjo junto al ventanal,
pálido fuego para el presente,
es un fantasma, un vaho de ríspidos efluvios que reconstruye tu imagen frente a la llama de mi cirio.

Aunque había duela, el piso siempre fue el piso, esa complicidad entre ramas del bosque que fuimos.
Estuvo la cama, el naranjo
y encendieron la rutina que coronaba nuestro discurso.

Diste nombres al casero.
Hablaron de tu familia;
Boston, dijiste al señalarme.
Pero cayeron las lluvias,
sugerían con su retícula de transparente pesimismo letras funestas en tu piel.

Abordamos el último viaje,
nuestra sombra tocó los muros de un callejón sin beso;
con té recorrimos la ciudad,
más allá de las edificaciones barrocas, nosotros éramos los viejos,
los cansados de la misma fachada.

Junto al ventanal está tu hálito;
una luz de invierno suaviza las paredes,
las reviste del pasado.

Escupo,
pero no veo la sangre que derramaste de tu boca,
ese terciopelo que rompió la serenidad doméstica.

Retrato de la enfermedad es mi tatuaje,
eco expansivo de la podredumbre en tus pulmones.

Me creí un árbol sin miedo a perderte,
deshojada. Sin miedo.

IX

Dibujo mi cara en los ojos de un gato negro.
Tu mirada está en ese boceto y desnuda.

Reconstruyo mi lengua rota con el lápiz;
esas pupilas opacas me habla del pasado,
ruinas que exhalan el último lamento.
Detengo mis trazos, abro la memoria.

Me obligo a vivir con tu cuerpo en la escritura.
Entro en él, recojo la misma palabra,
Vania,
pero qué dificultad es hablar.

Esquivo tus ojos,
porque la melancolía trabaja en el lenguaje.
Te dibujo con otra expresión en mis letras,
menos muerta, más felina, aún en agonía;
pero estamos juntos: olvido y memoria.

X

Habla de lo temporal el tatuaje que poseo,
ni siquiera es un recordatorio violento de la muerte,
sino el vocablo que potencia la rabia por la pérdida de lo sagrado.

Soy algo nulo, la repetición de todo
lo que he perdido.

Mi dragón es hiato
de la palabra ca-er.